

que les obligan á cambiar de lugar, á transformarse y hasta á perecer.

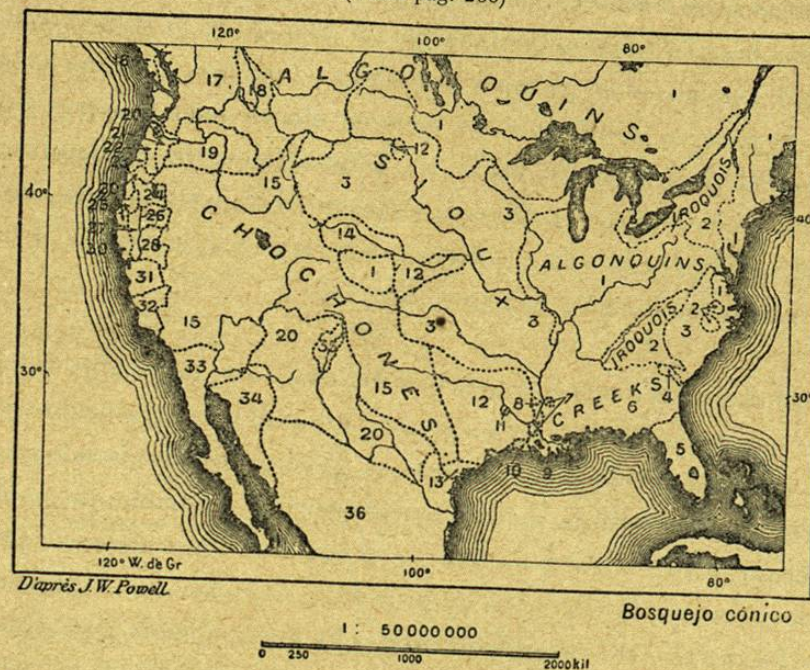
En Oceanía, en las numerosas tierras de la Insulindia, se ha producido la lucha entre las lenguas generales de gran extensión, tales como el maori, el malayo y los idiomas locales. El contacto y los cambios comerciales, que han tenido por consecuencia definitiva unir y unificar los individuos, resulta que después de los millones de años de curso recíproco, las grandes lenguas de tráfico han extendido su área sobre grandes superficies; sin embargo, no faltan pequeñas tribus, en Celebes, en la Nueva Guinea y en Australia, que poseen cada una, como nidos de pájaros, su hablar diferente. Del mismo modo, en el continente de Africa, las grandes lenguas conquistadoras, el árabe, el suaheli, el haussa, varios idiomas bantus y en la actualidad las jergas inglesas y otras se imponen sobre los lenguajes naturales; ¡pero cuántas pequeñas comunidades hay donde se entienden aún por medio de palabras desconocidas en otro lugar!

La América meridional es el continente donde la población primitiva está todavía más esparcida, y donde, por contraste, está más ampliamente representada la serie de los vocabularios distintos. Hay miles de grupos amazónicos cada uno con su dialecto, gracias á la paz establecida entre unas tribus de cultura equivalente y sin ascendiente especial. Sin embargo al Oeste, en las montañas, el quichúa, el aquara, el tachelche tuvieron en tiempos pasados un gran poder de absorción, y, en el Brasil central, el vaivén de los bateleros sobre los ríos hizo del guarani una lengua que mereció ser llamada *lingoa geral*. Por último, en la América septentrional, las lenguas de los Pieleros-Rojos estaban en guerra como las mismas tribus, y se comprueba que muchas de ellas parecían hallarse en vía de desaparición: en California, en el Oregón, sobre todo en la vertiente del Pacífico, la presión de los conquistadores ha reducido á las naciones indias en un espacio cada día más estrecho.

Así como la lengua transmite fugitivamente el pensamiento emanado del grupo, la mano trata de defenderla, de conservarla, hasta de eternizarla, puesto que en todas partes encontramos signos grabados: marcas simbólicas, pictografías y jeroglíficos cuyo objeto es la escritura en que los rasgos responden á los sonidos. Todos los arqueólogos nos muestran dibujos rupestres, elementales en su mayor parte, pero perfectamente escogidos para responder á ideas sencillas. La cruz, el círculo,

la cúpula, la greca, el laberinto se encuentran en todas partes<sup>1</sup>; pero lo difícil es hallar la filiación entre los primeros signos y nuestros alfabetos. Los indios de la América del Norte, los Quichúas con sus nudos

N.º 39. Lenguas de los Pieleros-Rojos  
(Véase pág. 266)



- |                           |   |
|---------------------------|---|
| 1. Algonquinos.           | 20. Athapascan.                                     |
| 2. Iroqueses.             | 21. Chinkokan y Wanlatpau.                          |
| 3. Siux.                  | 22. Kalapooian y Salichan.                          |
| 4. Uchean.                | 23. Yakonan y Kusan.                                |
| 5. Timuquanan.            | 24. Takilman, Lutuanian y Sasteau.                  |
| 6. Muskugies ó Creeks.    | 25. Quoratean, Weitspekan, Chimarikan y Wichoskan.  |
| 7. Tonikan.               | 26. Palaihnikan y Yanan.                            |
| 8. Natchez.               | 27. Copehan.  |
| 9. Chitimachan.           | 28. Pajunan y Wachoan.                              |
| 10. Attacapan.            | 29. Kulapanan, Yukian.                              |
| 11. Adaizan.              | 30. Moquelumnan.                                    |
| 12. Caddoan.              | 31. Costanoan, Mariposan, Esselenian y Moquelumnan. |
| 13. Karankawan.           | 32. Salinan, Chumachan y Mariposan.                 |
| 14. Kiowan.               | 33. Yuman.  |
| 15. Chochones.            | 34. Piman, Seri.                                    |
| 16. Wakashan ó Chimakuan. | 35. Tañoan, Keresan.                                |
| 17. Salichan.             | 36. Zuñi, Coahuiltecan y Athapascan.                |
| 18. Kitunahan.            |   |
| 19. Chahaptian.           |   |

Se han conservado los nombres americanos por carecer de nombres usados en francés.

de cuerdas, los Dahomeyanos de la Guinea con sus sécadas ó signos

<sup>1</sup> Georges Courty, *Sur les signes rupestres de Seine-et-Oise*, Charles Letourneau, *passim*, etcétera.

inscritos sobre fragmentos de calabaza sostenían correspondencias muy vivas y detalladas á través de todo el país.

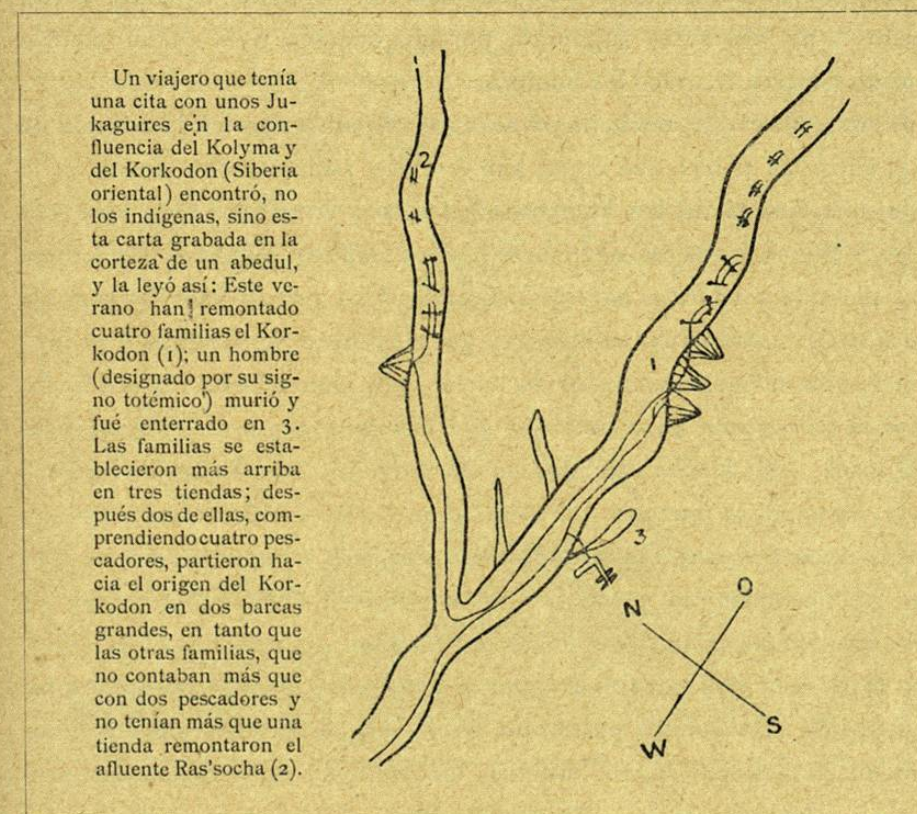
En todos los pueblos se calificó la lengua de «maternal» en todo tiempo y con buen derecho: las madres fueron siempre las pacientes educadoras de la infancia. El padre se calla, pero la madre repite las palabras, hace la cotorra para animar al hijo á que lo haga también. La mujer suministra el primer vocabulario, el primer cuaderno de canciones, la primera recopilación de cuentos; ella es quien conserva y permite así el desarrollo de todas las adquisiciones de la humanidad. Además, «todo lo que hay de verdaderamente indispensable para el régimen de la vida nos ha sido enseñado por las mujeres: la sonrisa, la bella expresión, la urbanidad y el arte de agradar<sup>1</sup>.»

Las influencias directas del suelo y del clima que el hombre sufre en primer lugar y que aprende á combatir creando y desarrollando industrias, acomodando de diverso modo su género de existencia á medios diferentes y ayudándose mutuamente de hombre á hombre, de poblado á poblado y de nación á nación, se complican con reacciones que se producen en su inteligencia, sugiriéndole explicaciones ingenuas de todos los hechos del mundo exterior. El niño, hombre ó pueblo no puede admitir la menor vacilación respecto á la causalidad de todo lo que impresiona sus sentidos: exige una respuesta á todos los problemas que se le ponen delante; pero, no teniendo aún ciencia positiva, para comprender el universo ha de contentarse con alucinaciones de su vista, con sueños inciertos de su pensamiento, con interpretaciones que le dan su miedo ó su deseo: no sabe, pero cree, y se sentiría irritado si se expusiera la menor duda sobre el objeto de su fe, de que participan con la misma seguridad los amigos y los compañeros de clan, todos los que se encuentran bajo la acción de un medio idéntico. Este conjunto de creencias ilusorias y de esperanzas quiméricas, esas leyendas incoherentes sobre el mundo visible é invisible, esas narraciones primitivas que la tradición recoge y que el poder de la herencia transforma en dogmas absolutos son lo que se llama la «religión».

Por odio á determinado culto dominante, cuyos poderosos intérpretes

<sup>1</sup> Remy de Gourmont, *Le Chemin de Veours*; Patrick Geddes.

querían imponer sus prácticas aun á los no creyentes, ciertos escritores han creído que podrían afirmar que algunas poblaciones, viviendo sin religión, carecían por completo de la idea de un más allá; que, sencillamente ocupadas de los intereses inmediatos de su vida diaria, se limitaban á buscar su bienestar material sin preguntarse la causa de los fenómenos que les rodeaban, sin cuidarse de su origen en el mundo desconocido.



PICTOGRAFÍA DE LOS JUKAGUIRES

Aseguran que existen pueblos esencialmente irreligiosos: tales son los Ta-Ola ú «Hombres de los Bosques» que los dos Sarrazin han descubierto en las profundidades silvestres de Celebes.

Para dar cuerpo á esta afirmación, se cita el ejemplo de excavaciones practicadas en terrenos donde existieron poblaciones prehistóricas, donde no se ha hallado ningún objeto que pareciese haber servido para las ceremonias de un culto: en medio de tantos instrumentos, muchos de los cuales tuvieron un uso todavía inexplicado, no se ve ninguno que pa-

rezca haber sido empleado por los sacerdotes para evocar los dioses benéficos ó para conjurar los genios malos. Aunque el hecho fuera incontestable y las herencias legadas por nuestros antepasados no hubiesen contenido—cosa poco probable—ni fetiches, ni amuletos, ni varillas mágicas, no se estaría autorizado para deducir de ello que el hombre primitivo, simple máquina de funciones corporales, no hubiese sido solicitado por la curiosidad de lo desconocido. Ignorar la causa de un hecho y, no obstante, suponerla por imaginación pura es un contrasentido natural de todos los hombres.

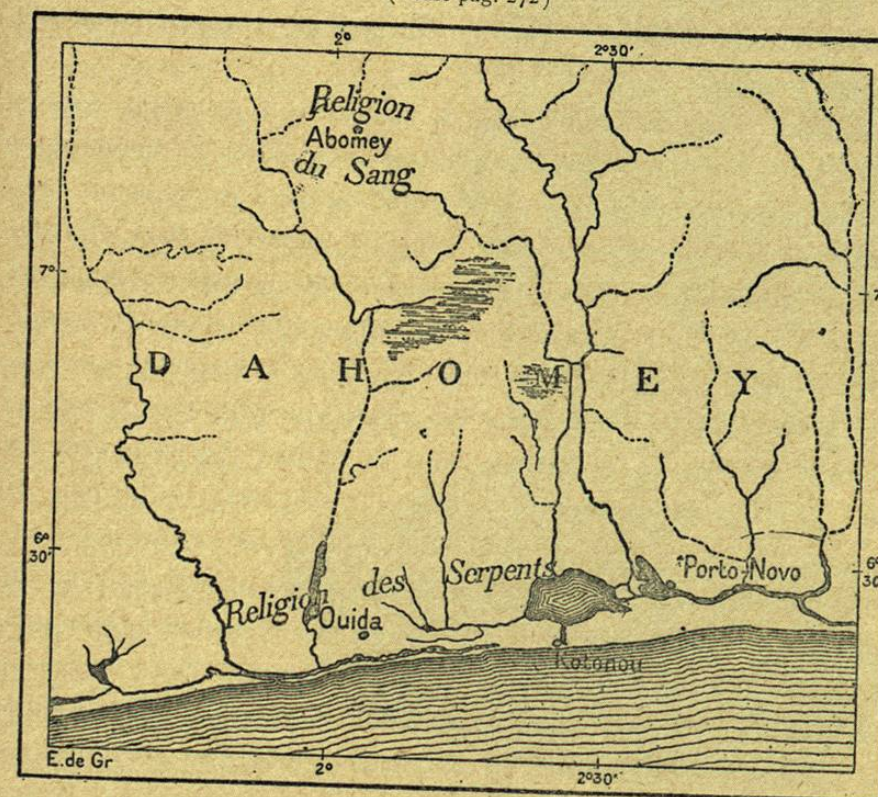
Pero ¿sobre qué testimonios se apoyan para exponer la opinión de que, entre las tribus que viven aún ó vivían recientemente fuera de la influencia directa de los blancos, muchas son extrañas á toda idea religiosa? Sobre los de los misioneros ú otros viajeros cristianos que habían de tener una tendencia natural á considerar su propia religión como la única real: cuando á la enunciación de sus creencias, católicas ó protestantes, eran acogidas con risas de burla ó por una admiración estúpida, sacaban en seguida en conclusión que sus interlocutores no eran seres religiosos. Así fueron juzgados en un principio casi todos los pueblos de civilización no europea. Australianos, Cafres, Hotentotes y Polinesios, á pesar de tener una mitología tan completa y cuyo estudio ha sido tan útil en todas las cuestiones de mentalidad comparada, fueron en tiempos pasados clasificados entre los pueblos desprovistos de religión. Por lo demás, hay salvajes á quienes agrada desatender las preguntas indiscretas. Un viajero encuentra en la isla de Ceylán unos jóvenes Veddah de aspecto digno, sólidos, melenculosos y barbudos, y les pregunta: «¿Hay un Dios?—No lo sabemos—¿Viven el sol y la luna?—¿Quién lo sabe!—¿Qué es del alma después de la muerte?—Lo ignoramos.—¿Tenéis miedo de los demonios en el bosque?—No». Semejantes hechos no prueban más que una cosa, la incompatibilidad de humor entre los Veddah y sus interlocutores blancos<sup>1</sup>.

Otro origen de confusión proviene de la calificación de «ateas» que filósofos y teólogos han dado á las sectas, aun siendo profundamente religiosas, que no ponen á la cabeza del panteón, en la cima del Olimpo

<sup>1</sup> Rüttimeyer, *Globus*, n.º 13, 2 abril 1903.

ó del Meru un dueño supremo, un dios único, á la vez creador, conservador y destructor. Así, por una extraña contradicción, los budistas, cuya doctrina ó más bien las diversas doctrinas atestiguan un estudio concienzudo y profundo de la naturaleza presente y del otro mundo, han

N.º 40. Religiones del Dahomey  
(Véase pág. 272)



sido declarados antireligiosos, porque el exceso mismo de sus sentimientos suscitaba en ellos el deseo de perderse en el infinito de las cosas.

Es cierto que hay tribus ó poblaciones que, viviendo en un medio favorable de paz y de bienestar, se han cuidado relativamente poco de los misterios de la vida y de la muerte, y, celosas de su libertad, no han dejado que sobre ellas se constituyera una casta de sacerdotes, pero no por eso dejaban de estar compuestas de «animales religiosos»<sup>1</sup>, como

<sup>1</sup> A. de Quatrefages, *L'Espèce humaine*, págs. 349 y siguientes.

todos sus otros congéneres humanos. Por esta definición de animal religioso dada al hombre, Quatrefages tenía la intención de constituir un «reino humano» aparte, suspendido, por decirlo así, entre el cielo y la tierra; pero por eso mismo los «hermanos menores» del hombre se hallaron colocados en la misma categoría del hermano mayor. Muchos filósofos modernos, entre otros Comte, están dispuestos á admitirle, al menos en cierta estrecha medida, y Tito Vignoli reconoce el origen del mito en el animal lo mismo que en el hombre <sup>1</sup>.

Las obras antiguas están llenas de historietas ó de relatos graves, mostrándonos la firme creencia de nuestros antepasados en la semejanza originaria de las concepciones entre todos los seres organizados. Los animales pasaban por iguales desde todos los puntos de vista, y podían ser hasta nuestros superiores, ya que muchos de ellos fueron escogidos como objeto del culto. ¿No se adora en mil pueblos del mundo, y especialmente en el país africano de Uidá (Whydah), la serpiente que nace de la Tierra y que, arrollándose en círculo y mordiéndose la cola es el ser que no tiene fin, el símbolo de la Eternidad? En la leyenda hebrea, la serpiente representa la misma inteligencia, la ciencia del Bien y del Mal. En las religiones hindas, tan ricas en transformaciones de toda especie, de la planta al animal y del animal al dios, ¿no es Ganesa, es decir, el Elefante, el que llegó á ser el tipo de la sabiduría, y, en la isla de Bali, no han hecho de él, con Durga y Siva, la tercera persona de la Trinidad? ¿No son el mono Hanuman y sobre todo la vaca sagrada de los Brahmanes las divinidades grandísimas hacia las cuales se dirigen las miradas de doscientos millones de hombres? Apis y Anubis reinaron durante muchos siglos sobre los ribereños del Nilo, y el dios de los Judíos no dió la fuerza soberana entre los que inmediatamente le rodeaban á unos toros alados ó «querubines», y á unos «serafines» ó grandes saltamontes? También rindieron un culto religioso las tribus primitivas á los animales del bosque, de la sabana y del mar, al ciervo, al carabao, al corzo, al antílope, al castor, al oso, al bisonte, al casuario, á la foca y á la ballena, todos animales que grupos de familias reivindicaban orgullosamente como antepasados. Por una especie de atavismo, unos negros de Haití —y se les achacaba á gran crimen— ado-

<sup>1</sup> Tito Vignoli, *Myth and Science*.

raban al dios de sus antepasados del Dahomey, la serpiente Vodú.

Hasta los cristianos, en cuyo nombre niegan ciertos filósofos la religiosidad á esos animales, á pesar de que su nombre significa «poseedores del soplo» ó «que tienen un alma», han solido faltar á la lógica en su historia religiosa, puesto que algunas asambleas de la Iglesia, afirmando la responsabilidad de tal ó cual animal, le condenó á la hoguera, á la horca ó al hacha. ¿Y no va acompañado cada evangelista de su animal emblemático? En realidad cada pueblo se inclina fácilmente á dotar á los seres vivientes de sus propias creencias. Los concilios cristianos conjuraban á los animales en nombre de la «Santísima Trinidad», y la mitología de la Edad Media, haciendo de los animales los intérpretes de la Virgen ó de Satanás, santos ó demonios, les atribuía siempre el más seguro conocimiento de la «santa religión».

Del mismo modo, los Peruanos, hijos de los Quichúas y de los Aymaras, que fueron ellos mismos adoradores del Sol, han conservado mucho de su antiguo culto para imaginarse que las llamas, sus animales de carga, no dejan nunca, á la salida del astro, de volverse hacia él y de saludarle con ligeros balidos. Demasiado tímidos para atreverse, á pesar de sus sacerdotes venidos de ultramar, á prosternarse ante el orbe sublime que de repente abrillanta los montes, los Andinos



GANESA, EL ELEFANTE, TIPO DE LA SABIDURÍA

(Museo Guimet.)